

Hay un gesto que casi hemos perdido: sentarse, coger papel y lápiz, y escribir despacio para alguien, o para algo, que no está delante.

Antes las cartas no eran solo información: eran el hilo que sostenía las relaciones cuando la distancia se interponía. Contar lo que nos pasaba era, en el fondo, contar historias de nuestro día, de nuestro pueblo, de lo que nos preocupaba y de lo que nos alegraba. Y quien la recibía sabía que alguien, al otro lado, se había detenido un rato solo para pensar en él o en ella.

¿Recordáis esa sensación? Abrir el buzón y encontrar un sobre con vuestro nombre escrito a mano. El pulso se acelera un poco. Antes de leer una sola palabra, ya sabéis que alguien os ha dedicado un tiempo que no recuperará. Ese gesto, ese ritual, casi ha desaparecido y con él, algo que nos hacía bien sin que lo supiéramos.

Porque escribir cartas no es solo comunicar. Es aprender a pararse. Es una forma de resistencia frente a la prisa: nos obliga a bajar el ritmo, a concentrarnos en una sola cosa durante un rato, a no mirar el móvil, a no hacer dos cosas a la vez. Y en esa lentitud, casi sin darnos cuenta, encontramos algo parecido a la calma.

Escribir a mano, además, es distinto a teclear. Es más lento, sí. Ordena el pensamiento de otra manera, obliga a decidir cada palabra antes de que llegue al papel.

Venimos a contar historias con recuerdos, secretos, algo que nos preocupa, algo que hemos guardado sin saber muy bien dónde. No hace falta que sea gramaticalmente perfecto ni literariamente brillante. Lo que importa es que sea vuestro, con vuestras propias palabras.

La idea que en los próximos días o semanas vais a hacer algo distinto: vais a escribirle a un lugar. Puede ser un callejón, un bar que ya cerró, un camino que hace años que no pisáis, un rincón que ahora mismo ni siquiera recordáis bien pero que aparecerá según vayáis escribiendo. Buscamos algo que puede ser bonito, conmovedor, evocador cualquier cosa que sintáis que merece una carta.

Podéis empezar por el tiempo: cuánto hace que no volvéis. Por la ausencia: cuánto lo echáis de menos. Por cómo ha cambiado, o por cómo os sentís al pensar en él. Podéis incluso empezar por el humor, con una carta desenfadada. No hay una sola manera correcta de escribir una carta.

Escribir es, quizás, la forma más sincera de estar cerca de algo. Cristaliza lo que llevamos dentro sin nombrar. Lo que importa no es cómo lo escribáis, sino que os paréis, de verdad, a pensar en ese lugar especial de vuestro pueblo que es importante.